

PRIMER ACTO

VIVIR EN LA TIERRA COMO EN EL CIELO

Vamos a hacer un retiro sencillo, suave, tranquilo. El tema lo impone la fiesta de la Asunción: **VAMOS A VIVIR COMO SE VIVE EN EL CIELO.**

El día de la Asunción agrada, enfervoriza. Pero, pasado aquel día, se esfumó quizá el fervor. En cambio, cogiendo esa frase, desentrañándola no en plan escolástico o pesado, sino en su aspecto místico, como quien ahonda en las cosas, metida el alma en la luz del Señor, ya podría ser que no solamente no se esfume, sino que permanezca durante toda nuestra vida: **HEMOS DE VIVIR EN LA TIERRA COMO VIVIREMOS, Dios mediante, EN EL CIELO.**

Ahora bien, ¿cómo se vive en el cielo? O, ¿qué se hace en el cielo? Y es curioso que la oración mejor que tenemos –nos la enseñó el mismo Cristo: "Cuando oréis, decid así..."– tiene esta petición: "Hágase tu voluntad, **ASÍ EN LA TIERRA COMO EN EL CIELO**".

Esa frase es todo un programa. ¿Queremos vivir en la tierra como se vive en el cielo? Pues, "que se haga en la tierra la voluntad de Dios como se hace en el cielo".

Es petición hermosa. Pero, ¡hay que ver cuánto encierra esta petición! "Hágase tu voluntad aquí en la tierra, como se hace tu voluntad allá en el cielo". ¿Cómo se hace en el cielo? ¡Con qué perfección, alegría, gozo, entrega! La voluntad de Dios, norte y guía de todo y de todos, el querer del Señor: estar pendiente de Él. En el cielo no se hace más que una sola cosa siempre y por todos y perfectísimamente: **LA VOLUNTAD DE DIOS.** Pues, vamos a hacerlo así en la tierra.

Esta frase, tan simple en sí, tan sencilla de decir y entender, es enormemente densa de contenido, trascendental en nuestra vida espiritual. Vamos a hacer la voluntad de Dios siempre perfectísimamente: ya vivimos como en el cielo; ya hacernos en la tierra lo que haremos en el cielo. Vamos a "ensayarnos" aquí. Cuanto mejor lo hagamos aquí, con mayor grado de méritos, de gloria, hasta con mayor, plenísima satisfacción de Dios lo haremos allá.

Hemos dicho otras veces –y nunca es suficiente, porque es fundamental en nuestra vida espiritual– que, si todo consiste en amar a Dios, el amor consiste, precisamente, en el cumplimiento de la voluntad de Dios. Por tanto, la frase: "Hágase tu voluntad..." es igual que decir que aquí amamos a Dios. Que aquí le amamos con amor efectivo, en unión nuestra voluntad con la suya divina; no por sentimientos o impresiones. Cumplir la voluntad de Dios en la vida es el auténtico amor a Dios. Entender esto es más que fácil: lo que hemos de hacer aquí en el suelo es esto, porque en el cielo lo haremos perfectísimamente y eternamente.

Dios nos ha Impuesto como precepto fundamental el del AMOR. Ya tenemos, pues, con esto un atisbo de facilidad; porque, cuando Dios pone un precepto, cierto que da también facilidad para cumplirlo.

Pero es que, además, nos ha puesto una exigencia de amar a un Ser que es amabilidad por esencia. Entonces, ¡qué fácil es amar y, por lo tanto, vivir en la tierra como en el cielo! ¿Que pasan cosas, que hay momentos de crisis, etc.? Bien. Pero no quita lo cortés a lo valiente: esto no merma lo fundamental de la doctrina: que amar a Dios es cumplir su voluntad divina como se cumple en el cielo.

En el Cielo, el amor será tan fácil porque, en primer lugar, veremos a Dios – ¡verle, verle!– cara a cara, no por enigma o analogía, no más o menos misteriosamente traslucido como aquí en la tierra. No, no: ¡cara a cara! Y esa visión beatífica nos hará conocer su hermosura, su belleza divina, su bondad, su santidad... todas sus infinitas perfecciones. Y eso nos producirá una necesidad tan grande de amarle. Forzosamente, el amor a Dios en el cielo no será igual que en la tierra, porque aquí no vemos a Dios cara a cara.

Entonces, Padre, ¿quiere usted decir con eso que no podemos vivir en la tierra como en el cielo?

- Sí, podemos y debemos vivir en la tierra como viviremos en el cielo; pero lo que ocurre es que aquí es a fuerza de generosidad; de un elevarnos sobre todo lo natural y humano, en alas de lo sobrehumano y sobrenatural. En la tierra no ves a Dios; pero tienes FE EN DIOS. Y ¿qué es la fe? Creer lo que no ves. En la tierra no vemos a Dios cara a cara, aunque sí podemos decir que le vemos de muchas maneras. Pues bien, creer en ese Dios que en la tierra no vemos, tener esa fe es lo que aquí suple la visión beatífica.

Me dirás que es muy distinto verle cara a cara a rastrearle en las criaturas. Ciertamente. Pero no hay que olvidar que hablamos de dos lugares diferentes, y que, precisamente, en la tierra, tiene que haber una prueba más o menos larga –siempre será corta, comparada con la eternidad, porque la vida es pasajera–. Esa prueba puede consistir, por ejemplo, en no verle cara a cara. Pero no estamos completamente desconectados de Él, sino que tenemos la fe, y la fe es ver a través de una virtud que la tenemos infusa desde el Bautismo y que nunca nos falta, aunque se tenga la desgracia de perder la gracia, si no es precisamente por pecados contra esa misma fe. Desaparecerá la gracia por el pecado mortal; pero quedará la fe infusa. Lo que hace falta es que esa fe sea tan viva, tan viva, tan viva, y que vitalice de tal manera nuestra existencia, que casi como si viésemos y tocásemos a Dios.

La Escritura dice: “El justo vive de la fe”. La fe va a suplir la visión beatífica. Nos va a situar de antemano como ante una visión, que no tenemos todavía, pero que nos va a dar tal seguridad que, en verdad, podamos decir: Como si lo viera... como si lo viera, tocara, palpara... como en el cielo.

Tened en cuenta que, cuanto más amemos al Señor, seremos más limpios de corazón. El amor, une; el amor purifica; el amor DIVINIZA. Y los limpios de corazón son bienaventurados “porque verán a Dios”, y porque ven (podemos decir en presente) a Dios. Las almas inocentes, transparentes, limpias, tienen una mirada penetrante, aunque parezcan ignorantes, sencillas; o, por sencillas, parezcan ignorantes. Sin embargo, limpias como son, ven a Dios en todo. Y con una vivencia que, ciertamente no es la del cielo, pero viven COMO EN EL CIELO, POR LA FE.

En el cielo poseeremos a Dios. He aquí otra razón del amor de los bienaventurados: la de poseer a quien es el Amor Eterno. Y poseerle con tal seguridad que no cabrá el menor temor de perderle jamás. En la tierra no lo poseeremos así, y además, tenemos el peligro de perderle. Si el alma no está confirmada en gracia –y no se suele conceder esto normalmente–, está siempre expuesta a caer: “El que está en pie, tenga cuidado, no caiga”. No poseemos al Señor como en la gloria. No podemos vivir en este aspecto como en el cielo. No.

Pero, hay otra virtud teologal: la de la ESPERANZA, en gracia de la cual el alma ESPERA en Dios. Y espera que le va a dar cuanto necesita de medios, facilidades,

ayudas, gracia... todo cuanto el alma requiere para llegar a poseer a Dios, finalmente, con toda seguridad en el cielo.

La esperanza te da una garantía, una seguridad moral. Esperas, confías y te entregas a Dios. Entonces, está tranquilo, cuenta con la posesión de Dios, espera en ella, porque nadie que ha confiado en el Señor ha quedado confundido: “In Te, Domine, speravi: non confundar in aeternum”.

En virtud de la esperanza, el alma está como poseyendo ya a Dios. Cuanto más viva es esta virtud, más garantía de posesión tiene para el día de mañana. Claro que queda siempre el tiempo-prueba, porque es ésta precisamente la diferencia: la prueba aquí, el premio allá; aquí podemos perderle, allá, no. Pero esa misma confianza, fe y amor a Él te asegura más y más. Porque no olvides que esta esperanza tiene un aspecto encantador: la seguridad de que Dios no nos abandona, si no le abandonamos nosotros antes a Él.

Es, pues, cuestión de superar en la vida la prueba a que estamos sometidos; pero con esperanza, como si lo poseyéramos; con fe, como si lo viéramos; con caridad y amor, igual, sustancialmente, en el cielo.

Como epílogo, no cabe más que decir:

NO PONGAS TU GOZO EN NADA MÁS QUE EN DIOS, Y NO QUIERAS GOZAR NADA MÁS QUE DE DIOS. Y, así, vivirás en la tierra como en el cielo.

La Asunción gloriosa de nuestra Madre Inmaculada nos tiene que recordar que, para ir allá donde está Ella en cuerpo y alma, esperándonos y ayudándonos para que lleguemos, no hace falta hacer otra cosa en la tierra que lo que haremos en el cielo: voluntad de Dios cumplida, que es unión, que es amor; suplir la visión beatífica con una fe muy viva, y la posesión, con una esperanza inquebrantable.

Y gozo íntimo, gozo interior, gozo anticipado de Dios y en Dios, no poniendo nuestro gozo en nada más que en Dios.

He aquí lo que yo os pongo a vuestra consideración en la fiesta de la Asunción de nuestra Madre Inmaculada.

Mientras llegamos al cielo, ¡vamos a vivir en la tierra como en el cielo eternamente viviremos!

SEGUNDO ACTO

Nos ayuda mucho para vivir en la tierra como en el cielo, la esperanza, la añoranza del cielo. Porque lo que nos puede en esta vida desorientar y poner en peligro de apartarnos o, al menos, de hacer que no vivamos así, suelen ser circunstancias delicadas, crisis, momentos difíciles. Y la esperanza del cielo es una verdadera fuente de energía, que nos ayuda a superar esas crisis.

Esperar en el cielo siempre es el punto de apoyo. Y esperar es ya, en cierto modo, gozar de antemano de esa alegría, que va a ser eterna. Pero además, esa esperanza debía tener en nosotros una repercusión interior: sentir NOSTALGIA de cielo. San Juan Bosco, el santo cura de Ars, San Pío X: son almas que viven como en el cielo, pero con la nostalgia de no poseerlo todavía. Viven en Dios, gozan de paz envidiable; pero, como todavía no es la posesión eterna, segura y plena, están con ese dejo de melancolía: como una suave sonrisa tristoncilla.

Lo que más facilita el vivir en la tierra como en el cielo es la PRESENCIA DE DIOS. Yo os aconsejo que todas vuestras prácticas las asentéis en la presencia de Dios. Así lo aconsejaba siempre a los seminaristas y así también lo aconsejo a vosotros: no me dejéis nunca el examen sobre la PRESENCIA DE DIOS. No en conjunto. Aquilatad, que pueda ser QUE NI SIQUIERA EN LA COMUNIÓN TE ACUERDES DE DIOS. Y, a lo mejor, no has faltado ni te remuerde la conciencia por ello. Pero, ¿has pensado en Jesucristo, en Dios presente en tu alma? “¡Ay, Padre! ¡Se me ha ido el santo cielo! ¡Esta cabeza... esta cabeza!

Hace falta un esfuerzo, por parte nuestra, generoso, constante, ayudándonos de medios que, a veces, pueden parecer pueriles: el reloj que da la hora, una cosa que me sale bien. ¡Ah, sí! ¡Presencia de Dios, presencia de Dios! Y, sobre todo, pídele al Señor: "Señor, ¡que yo me acuerde de Ti! ¡Que te tenga presente!" Y luego de pedirselo, confiar, que la gracia de la presencia de Dios la concede el Señor. Es tan grande, tan

grande, que el Señor se la reserva para concederla Él. Ahora, si no se la pides, no te la concede. Y si no la trabajas, no la mereces. Que vea el Señor que le quieres de verdad; que quieres acordarte de Él. Que para ello, escoges unos medios, los que sean: "A Dios rogando..." Pero, pedírsela a Él, sobre todo, porque es una gracia.

¿Qué es la presencia de Dios? No es más que recordar que estamos A LA VISTA DE DIOS. No es tanto verle, cuanto sentir que sus ojos están puestos en mí. Dios me mira y me ve... Estoy a la vista de Dios... Entonces, Dios está a mi vista, casi le veo, casi le veo.

¿Qué es el cielo? Ver a Dios. ESTAR A LA VISTA DE DIOS. Estar Dios a mi vista. Entonces, el don de la presencia de Dios, la gracia de pensar frecuentemente en Dios, me pone a la vista de Dios, me lo pone a la vista. Vivida así, me está supliendo en la tierra la visión beatífica; me está ayudando a la fe. "Creo, Señor, que estás presente..."

Esta presencia de Dios ha de ser íntima. Está fuera y está dentro; pero dentro está de una manera más especial, más íntima, más recogida. Presencia en el fondo de nuestra alma, en lo más recóndito de nuestro espíritu. Entonces, no es que da la impresión de que estoy a la vista, sino que siento que está dentro. Y, si está dentro de mí, ya le cojo, ya le abrazo, como si le poseyera. Y esto ya ¡es el cielo!

Sentirle dentro como un tesoro, perla preciosa escondida dentro de mi alma: "Vendremos a él y haremos mansión dentro de él..." Las Tres Divinas Personas dentro de mi casa, haciendo de mi alma morada suya... Verdaderamente, esta presencia íntima, que me hace sentir a Dios dentro de mí, como si ya le poseyera, ¡cuánto me ayuda a vivir como en el cielo! ¡La presencia íntima de Dios!

El corazón... No puedo decir: Estoy a la vista de Dios, y quedarme tranquilo. No. Es que me rebosa el gozo, aunque no sienta nada. Y entonces, esa presencia de Dios íntima espontáneamente me resulta UNA PRESENCIA AFECTUOSA: le amo, le amo, ¡le amo! Le amo ciertamente, con ese amor efectivo, que está en la unión de dos corazones, en la unión de dos voluntades. Realidad efectiva: le quiero, que es hacer su voluntad, unir mi voluntad a la suya. ¿Qué es eso? Vivir un verdadero amor.

La presencia AFECTUOSA me hace vivir como en el cielo: me hace gozar de Dios, quitando todo gozo en cualquier cosa. Gozarnos de Dios, en Dios. Este era el epílogo de

esta mañana. Pues el de esta tarde: PRESENCIA DE DIOS: Estoy a la vista de Dios; presencia íntima: como si ya le poseyera; presencia afectuosa: ¡Le amo!

En el cielo, ¿qué se hace? Amar, ver, poseer, gozar de Dios. En la tierra ¿qué se hace? La voluntad de Dios: fe, esperanza, amor... Al fin, gozar. Para vivir esa presencia de Dios: fe. Para vivir esa presencia íntima de Dios: esperanza. Para vivir esa presencia afectuosa: amor unitivo.

- Pero esto, Padre, es bonito; demasiado bonito para ser verdad; suficientemente bonito para ser falso.

- No, esto se asienta en el dogma. Se parte de la base de que estarnos en gracia y, supuesto esto, la doctrina es real, es dogma.

Todavía más diremos, con Isabel de la Trinidad: esto es la realidad; porque, si Dios está en mi alma y Dios es el cielo, en mi alma está el Cielo.

Tomad nota de estas ideas: de la que más os haya podido influir o impresionar. Y vamos a vivir en la tierra como en el cielo, para poder decir, cuando estemos en el cielo, que vivimos lo que en la tierra ya vivimos. Casi, casi, que estamos viviendo en el cielo como en la tierra vivimos. Y tanto habrá allí de gloria, cuanto aquí de prueba.

Pedidle a la Virgen, que Ella, que fue la que mejor vivió en la tierra como en el cielo, y que en el cielo está en altura que a Ella sola corresponde, que no se olvide de nosotros, y nos alcance la gracia de vivir en la tierra como el cielo.